

RETRATO PERSONAL DE LELOIR

AMELIA ZUBERBUHLER DE LELOIR

La elaboración de este artículo fue algo inusual. Luego de leer el ensayo anterior de Luis F. Leloir, el director de Papiro tuvo una conversación con la señora de Leloir sobre aspectos de la vida de su marido. La charla no se grabó, ni siquiera se registró en forma de entrevista. Simplemente surgió este escrito, fruto de la conversación, que configura un testimonio de la señora de Leloir sobre la persona del investigador.

Conocí a mi marido en 1941; yo tenía 20 años y él 35. No nos volvimos a ver en dos años, hasta el verano del 43 en Mar del Plata. Allí salimos mucho; finalmente nos casamos en noviembre de ese año.

Yo no entendía nada de ciencia; él ya era científico y trabajaba con el doctor Bernardo Houssay. Mi inclinación era por el arte o la música. Mi padre pintaba y yo de chica lo hacía con él, en un atelier que teníamos en el último piso de casa. A Lucho —como llamamos a mi marido entre nosotros— le gustaba también la pintura y hasta hoy es común que visitemos museos juntos, especialmente cuando viajamos al exterior.

En aquella época él se quejaba de las dificultades que tenían para trabajar; al final dejaron cesante al doctor Houssay lo que motivó las renunciaciones de sus discípulos y colaboradores, entre ellos mi marido, que se solidarizaron con su maestro cesante. En vistas de nuestro casamiento decidimos irnos un tiempo a Estados Unidos.

Primeros amigos

En enero del 44 partimos al Norte. Mi marido quería seguir investigando y perfeccionarse. Llegamos primero a Nueva York. Allí conocimos a Severo Ochoa y a su mujer Carmen, españoles. Fue el comienzo de una larga amistad que perdura hasta el día de hoy. Ochoa fue distinguido luego con el Premio Nobel de Medicina. Con los Ochoa nos hicimos tan amigos que aún hoy, cuando viajamos, volvemos a vernos. Para nosotros son como de la familia, los queremos muchísimo.



Luego estuvimos 6 meses en St. Louis en el laboratorio de los Cori. Los Cori (Carl y Gerty) eran también un matrimonio del que guardamos un

recuerdo muy especial, yo en particular de ella. No puedo olvidar que apenas llegados a St. Louis nos invitaba cordialmente algunos domingos a almorzar en su jardín. Lo notable de este matrimonio es que los dos eran científicos y ambos compartieron pocos años después el Premio Nobel de Medicina con el doctor Houssay. Desgraciadamente Gerty contrajo una enfermedad, tal vez por algunos experimentos que hacía, y murió años después.

Buen comienzo de una carrera

Mi marido ya tenía vocación por la investigación cuando lo conocí. Aún soltero, en 1933 aproximadamente, fue a Cambridge y tuvo la suerte de trabajar en el laboratorio del padre de la bioquímica inglesa, Sir Frederick Hopkins. Esto significó un buen comienzo para su carrera.

Luego vino el viaje a Estados Unidos donde estuvo en laboratorios con muy buenos científicos. En cada lugar trabajaba con investigadores de primera línea que ayudaron a su formación inicial.

Yo notaba que en el exterior lo apreciaban más que en el país. En época de Perón, por ejemplo, tuvo ofrecimientos muy buenos para trabajar afuera, pero nuestra hija y las raíces que tenía en la Argentina lo retuvieron aquí. Científicos importantes —quizá no deba ser yo quien lo diga— me comentaban que tenía una mente excepcional para la investigación, con ideas muy originales.

Su carácter, inquietudes y su forma de ser

Quizá puedo hablar mejor de su manera de ser, de su carácter, que de sus capacidades científicas. Es muy simple en sus gustos. Por eso le gusta muchísimo ir al campo, convivir con la naturaleza. Ahora vamos con mayor frecuencia que antes. Cuando éramos más jóvenes temía dar mal ejemplo si se ausentaba del laboratorio más de quince días en el verano. Quizá por ese gusto hacia las cosas naturales, últimamente manifiesta interés por el estudio de las cuestiones del suelo. Esto lo hace ir más al campo donde conversa sobre el tema con nuestro yerno y nuestra hija que se interesa por esas experiencias.

Otra cosa que lo caracteriza es su sentido del humor. Siempre ve lo gracioso de las cosas, pero con bondad; su humor no es cáustico.

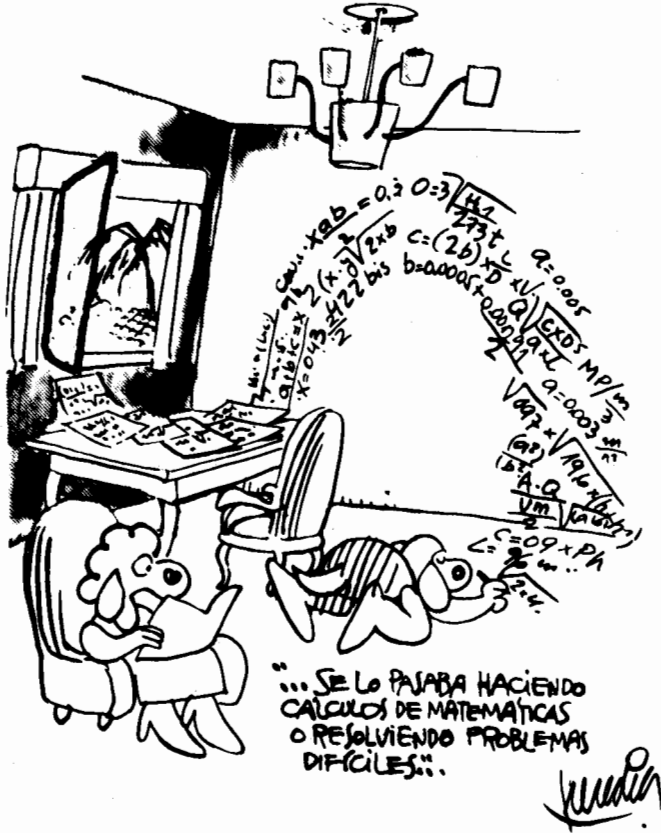
La actividad científica requiere mucha tranquilidad que favorezca la atención y concentración. En lograr este clima la mujer del investigador puede colaborar y ayudar mucho. Diría que mi marido tiene mucho poder de concentración. Si está enfrascado en la investigación no se fija en nada. Recuerdo que en 1945, en Panamá, donde debimos permanecer una temporada sin tenerlo previsto, se lo pasaba haciendo cálculos de matemáticas o resolviendo problemas difíciles. Siempre lo absorbió el estudio, el laboratorio, pero en casa no es nada difícil convivir con él.

En él todo es sincero. No va a decir nada para llamar la atención o quedar bien. Es muy natural. Lo que dice es lo que siente. Nuestra hija es igual, la claridad máxima.

Tiene el carácter del investigador, todo lo pone a prueba. Una vez me trajo flores y las puse en un florero con aspirina. Me preguntó por qué lo hacía y le dije que para que duraran más. Enseguido dudó y me indicó que había que experimentar: poner flores en un recipiente con aspirina y en otro sin aspirina. Lo hice y el experimento le dio la razón a él.

De chico fue a los colegios Lacordaire, del Salvador y a otro colegio jesuita en Beaumont, cerca de Londres. Nació accidentalmente en París porque sus padres estaban allí de paso. Su madre era religiosa e hizo que monseñor De Andrea lo preparara para la primera comunión.

Para terminar este retrato, más personal si se quiere, diría que mi marido es un hombre bueno y recto, simple y muy introvertido, nunca lo vería en política por ejemplo. Podría ser sajón aunque tiene ascendente vasco.



Su maestro Houssay

Estando de novios me llevó a conocer a Houssay, a su casa de la calle Viamonte. Me trató muy fraternalmente y de inmediato me ofreció su amistad. Como pronto me casaría y viajaría a Estados Unidos, me dio este consejo: para el matrimonio recién formado es bueno estar solos y, en este sentido, la experiencia en el extranjero les va a resultar muy buena. Y así fue. Guardo el mejor de los recuerdos de Houssay. También de su mujer que murió antes que él. Cuando venía al país algún científico importante hacía reuniones en su casa y nos invitaba. En el exterior era muy considerado y se lo quería mucho. Ochoa lo llamaba cariñosamente "Don Bernardo".

Su personalidad era distinta a la de mi marido, Houssay era más conversador. Dicen que exigía mucho pero también daba mucho, quería que las cosas se hicieran bien. Su manera de ser y su acción en favor de la ciencia despertaron opiniones muy diversas. Me apena cuando escucho ciertas

cosas. . . Fue muy recto y no era hombre de medias tintas. Cuando le dieron el Premio Nobel, en 1947, aquí casi no se lo festejó.

En mi opinión Houssay era un patriota, muy inteligente y con una visión de futuro increíble. Además de su tarea en el laboratorio no perdía ocasión para hablar de la importancia de la ciencia, de sus esperanzas porque la Argentina progresara con ella. Cuando hablaba era muy didáctico, un maestro. Tengo admiración por él.

Con Lucho fue siempre buenísimo y lo trataba como a un amigo. Lucho lo quería mucho. Cuando recibió el Premio Nobel en 1970, Houssay se puso contentísimo.

Los distintos laboratorios

El laboratorio que me gustaba más era el de la calle Julián Álvarez, en los comienzos de la Fundación Campomar, allá por el año 1947. Era muy familiar, conocía a todos y llevaba y buscaba a mi marido en el auto. Anteriormente trabajaba en los sótanos de la Facultad de Medicina, en la calle Córdoba. Lo visité varias veces pero el olor tan fuerte que había —¿ácido sulfhídrico?— me obligaba a entrar con la nariz tapada. Alguna vez colaboré en la realización de gráficos con tinta china que él necesitaba para sus charlas o conferencias.

Cuando se mudaron al laboratorio de la calle Obligado, en 1958, el Instituto se me hizo cada vez más lejano. Creció a tal punto que no conozco a casi nadie, salvo a los más viejos. Y ahora se están por mudar a un nuevo edificio mucho más grande. . . no sé qué van a hacer con él o cómo lo van a mantener.

En la vida de mi marido veo que ha habido como etapas: al principio viajaba para conocer y formarse; ahora, que viaja más, puede enseñar sobre lo que ya sabe. En todas esas etapas ha trabajado con ritmo y vocación. No es bueno que la gente se quede inactiva y la mejor actividad es la que surge de la propia vocación.

Por la experiencia de haber vivido junto a un investigador, a los más jóvenes les diría que para dedicarse a la ciencia hace falta vocación, porque la investigación exige mucho. Es una tarea sacrificada: en el país hay cierta desatención hacia estas actividades, no se logra la ayuda necesaria, todo es muy caro y se gana poco. Pero el no contar con la ayuda necesaria a veces es bueno, pues agilita la imaginación y promueve la inventiva, útiles para la ciencia.

El Premio Nobel, una agitación

Siempre he pensado que el reconocimiento público a una labor es importante. Pero no es todo. En mi marido valoro, ante todo, el esfuerzo de una vida dedicada a la ciencia y la satisfacción íntima que siente por haber hecho algo útil y con empeño. Nadie ignora que el Premio Nobel le ha significado un cambio, o sea una serie de compromisos que lo sacaron de la vida tranquila que tanto le gustaba.

El 27 de octubre de 1970, a las 8 de la mañana, llamaron de la agencia France Presse y nos comunicaron el otorgamiento del Nobel de Química. Fue el primer aviso. El embajador de Suecia concurrió luego al laboratorio donde ya había cientos de reporteros.

Dos días antes había pasado por casa un periodista sueco, muy simpático. Dijo que quería tomar unas fotos porque ese año Leloir era uno de los candidatos al Premio Nobel. Ya en 1958, o antes, me habían dicho que era candidato y no lo creí. Cuando nos tomó las fotos a los tres, les dijimos que nos las enviara de regalo pues no le servirían para nada. Estábamos muy convencidos de esto hasta que ocurrió lo que ocurrió.

Fuimos a Suecia con nuestra hija. Todo nos parecía un cuento. La familia real muy sencilla y agradable. Nos hacía la impresión de que estábamos fuera del escenario, como espectadores; el lugar, el estilo nos retrotraían a otro tiempo. En Suecia son muy tradicionalistas, amables y educados. El periodismo es torturante aunque conocí algunos periodistas buenísimos.

Si bien añoro el anonimato debo decir que el premio gratifica por la gente que uno conoce. De todas maneras en casa el premio no ha cambiado nuestra vida pues no pensamos en él.

Un último recuerdo: el mismo año del premio Nobel incorporaron a mi marido a la Pontificia Academia de Ciencias. La ceremonia se realizó en abril de 1970, en el Vaticano, con los cardenales y el cuerpo diplomático. Estaba el doctor Houssay, que también era miembro de la Academia, y otros conocidos científicos del mundo. Pablo VI terminó su alocución con estas palabras: los hombres de ciencia realizan un trabajo muy importante, y porque todo conocimiento viene de Dios ellos tienen que utilizarlos y aumentarlos para mayor gloria de Él.